

Inhospitalidad, colonialismo y género en *Over the Pyrenees into Spain* de Mary Eyre

Pere Gifra-Adroher

Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, Espanya

Abstract This article analyses the representation of Spain as an inhospitable country in Mary Eyre's *Over the Pyrenees into Spain*, a bitter narrative of the solitary journey that this neglected Victorian writer pursued across parts of the Peninsula during the summer of 1865. Drawing on diverse approaches to hospitality and inhospitality, I will argue that Eyre chose to purposely build a negative image of Spain by blending the two main ideologies that, according to Sara Mills, influenced Victorian women's travel books, namely, the discourse of colonialism and the discourse of gender. Eyre, who during her journey was harassed and insulted by her triple status of woman, foreigner and solo traveller, used her narrative to ultimately take revenge and describe the country in a way no other Victorian travellers had done before.

Keywords Mary Eyre. Travel writing. Inhospitality. Spain. Gender. Colonialism.

Sumario 1 Introducción. – 2 Marco conceptual: hospitalidad, inhospitalidad y libros de viajes. – 3 La autora y su obra. – 4 Las vicisitudes del viaje. – 5 La recepción crítica del libro. – 6 La representación de la inhospitalidad española. – 7 Conclusiones.



Peer review

Submitted 2025-01-20
Accepted 2025-03-20
Published 2025-06-20

Open access

© 2025 Gifra-Adroher | CC 4.0



Citation Gifra-Adroher, P. (2025). "Inhospitalidad, colonialismo y género en *Over the Pyrenees into Spain* de Mary Eyre". *Rassegna iberistica*, 48(123), 107-126.

1 Introducción

Durante el período victoriano el rol social de la mujer estaba principalmente circunscrito a la familia y al hogar. Así lo simbolizó Coventry Patmore en el célebre poemario *The Angel in the House* (1854), a partir del cual se acuñó un término -‘el ángel del hogar’- que haría fortuna a la hora de idealizar el arquetipo femenino de castidad y virtud. Muchas mujeres cansadas de dicho estereotipo anhelaban romper con las convenciones que las encadenaban al hogar y explorar nuevos horizontes -solas o acompañadas- en el extranjero (Hamalian 1981, x-xi). Los viajes de Florence Dixie en la Patagonia, Mary Kingsley en África o Isabella Bird en Japón lograron mostrar sin duda que la mujer victoriana podía llegar a cualquier confín del planeta. Para la mayoría, sin embargo, era preciso justificar el viaje, percibido socialmente como fuente potencial de placeres, convirtiéndolo en una actividad útil y ajustada a la moral femenina (Foster 1990, 8). Realizar expediciones geográficas, acompañar a un familiar, recolectar plantas con fines botánicos o difundir la Biblia figuran entre algunas de las razones esgrimidas por las viajeras victorianas para huir de Inglaterra, escribir sobre sus viajes y así, en palabras de Elena Carrera, «hacer del ocio virtud» (118).

El presente artículo analiza *Over the Pyrenees into Spain* (1865b), de Mary Eyre, una autora victoriana apenas estudiada que muestra el viaje a la Península no como un tour placentero por el ‘Sweet South’ -designación que Lady Emmeline Stuart Wortley había utilizado unos años antes para referirse a España- sino más bien como una experiencia física y psicológicamente dura. Para Eyre, que de facto viaja a la Península con la misión de escribir un libro para la prestigiosa editorial de Richard Bentley, España no es un conjunto de regiones con gentes amables y pintorescas, sino un país retrasado, incivilizado y sobre todo peligroso para una mujer extranjera y sola. En suma, una tierra que califica sin disimulo de inhospitalaria mediante la integración en su narración de dos de los discursos dominantes, según Sara Mills (1991, 20-3), en la literatura de viajes femenina de la época. Por un lado, el discurso imperialista que resalta la superioridad británica, patente incluso en itinerarios como el de Eyre, tan alejado de las colonias; por otro lado, el discurso de género, que exponía a las viajeras en tanto que sujetos públicos, aunque sin cuestionar su feminidad. La yuxtaposición de ambos confluye en una representación de España como un entorno hostil y poco acogedor. Partiendo de algunas aproximaciones a la hospitalidad, el presente

La publicación de este artículo ha sido posible gracias al proyecto *Itinerarios hispanistas: viajeras francesas y británicas por España* (2024-25), financiado por la Casa de Velázquez junto con el IUC y el IUHJV de la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona).

análisis explora algunos episodios en los que Eyre centra su mirada para realzar aspectos desagradables y representar a los españoles como un pueblo bárbaro e inhospitalario. Se trata de episodios que proyectan, por un lado, una imagen fastidiosa y malhumorada de la autora, pero por otro la ayudan a ensalzar ante sus lectoras su estatus hegemónico en tanto que viajera británica capaz de superar obstáculos en un -a su parecer- inhospitalario y a veces desapacible Sur.

2 Marco conceptual: hospitalidad, inhospitalidad y libros de viajes

El encargo de Richard Bentley a Eyre para que escriba un libro sobre España no es casual sino fruto de una estrategia comercial. Dicho editor ya contaba en su catálogo con varios relatos de viajes a la Península, tanto británicos como extranjeros.¹ En un contexto de competencia con otras editoriales -John Murray, por ejemplo- y en un mercado literario saturado de libros de viajes, para Bentley un viaje a España escrito por una mujer con cierto bagaje literario podría actuar como reclamo para atraer nuevos públicos, ante todo femeninos. Las narrativas que con anterioridad al libro de Eyre ya habían abordado, total o parcialmente, el viaje a España, transportaban al *armchair traveller* victoriano desde el sillón hacia un 'Sweet South' de paisajes sublimes y escenas pintorescas que a menudo -aunque no siempre- se situaban en Andalucía. Un buen ejemplo de ello es *The Alhambra*, de Washington Irving, quizás el texto más emblemático de lo que ha venido a llamarse «la imagen romántica de España» (Calvo Serraller 1994). Bentley, en 1832, publica con su socio Henry Colburn la primera edición británica de dicha obra, contribuyendo así a divulgar una imagen que ha perdurado en la memoria de tantos lectores, a saber, la del viajero extranjero (Irving) calurosamente acogido en un ruinoso palacio islámico por un grupo de amigos hospitalarios y fervorosos sirvientes.

La hospitalidad, entendida como «buena acogida y recibimiento que se hace a los extranjeros o visitantes», según reza en la segunda acepción de este término del diccionario de la Real Academia Española, es un tema central en la literatura de viajes, desde la antigüedad clásica hasta el presente, ya que comporta, en palabras de

¹ Entre dichas publicaciones de Bentley, cabe destacar las siguientes: *Spain Revisited* (1836), de Alexander S. Mackenzie; *The Picturesque Antiquities of Spain* (1845), de Nathaniel Armstrong Wells; *The Pillars of Hercules* (1850), de David Urquhart; *Notes of an Attaché in Spain in 1850* (1851), de John E. Warren; *Madrilénia, or Pictures of Spanish Life* (1851), de Henry Drummond Wolff; *Las Alforjas* (1853), de George J. Cayley; *Letters from Spain* (1853), de Arthur Kenyon; *In Spain* (1864), de Hans Christian Andersen. En algunos casos incluso hubo textos que gozaron de varias reimprésiones.

Kevin J. James, «encounters with unfamiliar people, institutions, cultures and codes» (2019, 266). No obstante, se trata de un concepto sujeto a múltiples usos, interpretaciones y definiciones. Existe, por un lado, la hospitalidad tradicionalmente ejercida por los individuos, en tanto que actitud universal con un profundo sentido ético, filosófico y religioso. Es la que ha sido calificada como 'hospitalidad incondicional'. Sus orígenes se remontan a las primeras civilizaciones y se manifiestan en textos religiosos, así como en los poemas homéricos, donde la acogida del viajero y del extranjero adquieren una especial relevancia. Por otro lado, también han coexistido desde tiempos inmemoriales los vínculos de la hospitalidad con elementos tangibles de la cultura material que comportan el intercambio de bienes y servicios, ya sea alojamiento, comida o entretenimiento. Estas interacciones, multiplicadas por el auge del turismo moderno, remiten a lo que se ha definido como «hospitalidad comercial» (Walton 2017; O'Gorman 2010) o 'industria de la hospitalidad', un marco también útil para analizar textos de viajes que, aunque parcialmente aplicable al libro de Eyre, no obstante, no emplearemos aquí.

Cuando Eyre viajó por la Península todavía no hacía ni un siglo de la publicación de *Sobre la paz perpetua* (*Zum ewigen Frieden*, 1795) un influyente tratado político de Immanuel Kant en uno de cuyos capítulos se aborda el concepto de la hospitalidad universal. Según el filósofo prusiano, la hospitalidad no depende solo de la filantropía personal o de costumbres sociales derivadas del pasado. Para Kant, todo viajero tiene derecho a ser bien recibido en un país extranjero y a transitar por él sin violencia ni hostilidad, siempre y cuando se comporte pacíficamente y acate las leyes y costumbres de los anfitriones. Dicha visión, ciertamente progresista para su época, constituyó un hito en el derecho internacional (Cavallar 2002, 3). Definía la hospitalidad como un acto ya no tanto 'incondicional' y regido por usos y costumbres de tipo antropológico o religioso sino 'condicional' y sujeto a leyes modernas claras y justas. El optimista proyecto kantiano, no obstante, viene cuestionado al finalizar el siglo XX cuando Jacques Derrida aborda la problemática de la hospitalidad con un enfoque distinto que transita de lo político a lo ético sin obviar la violencia ejercida sobre el otro, es decir, el extranjero.

Partiendo de Emmanuel Levinas, Derrida defiende una concepción eminentemente ética de la hospitalidad (1997, 50) en la que las puertas deben estar abiertas incondicionalmente al otro (*l'arrivante*) sin reciprocidad. Es lo que denomina hospitalidad «absoluta». No obstante, consciente de la inviabilidad de lo que propone a causa de las leyes a las cuales tanto los anfitriones como los huéspedes (extranjeros) están sujetos, declara que todo no es sino una aporía que impone saber en qué consiste la hospitalidad (2000, 6). Además, basa parte de su argumentación en la etimología del término hospitalidad (2000, 13), cuya raíz indoeuropea aúna vocablos contrapuestos como

hospes (huésped) y *hostis* (enemigo). De aquí surge el neologismo de rrieano de la «hostipitalidad» (*hostipitalité*), un juego de palabras cuyo fin es demostrar que una hospitalidad incondicional es imposible si se acepta al otro bajo condicionantes (2000, 5-6). Lo que debería ser un ejercicio de igualdad entre el anfitrión y el otro (el viajero, el migrante) se convierte en una transacción violenta en la cual el Estado-nación niega la identidad del otro y solo busca su exclusión o asimilación. Las tesis de Derrida sobre la hospitalidad, si bien hoy en día aparecen ante todo vinculadas a debates contemporáneos en torno a la inmigración y la integración del otro (Llevadot 2019), son útiles para el análisis de textos de viajes como el aquí tratado, ya que sin ir más lejos Eyre a menudo hace hincapié en la 'hostipitalidad' latente en España que sufre a causa de su triple alteridad al viajar sola, ser mujer y venir del extranjero.

Un somero análisis de los topónimos y las preposiciones del título ya nos aporta, de entrada, algunos indicios sobre la relevancia del tema de la (in)hospitalidad en el libro de Eyre. El vocablo *Spain* viene una potente palabra clave: podía evocar en el imaginario victoriano cuadros de gitanos pintorescos y aristócratas hospitalarios como los que George Borrow y Richard Ford esbozan, respectivamente, en *The Bible in Spain* (1843) o *Gatherings from Spain* (1846).² Tampoco parece fortuita la mención de *Pyrenees*, dado que el libro aparece en un momento en que el turismo pirenaico está en boga entre los viajeros y escritores británicos.³ Para algunas élites victorianas España y los Pirineos ya eran por entonces sinónimos de turismo, hospitalidad y aventura. Las expectativas de placer que podría conllevar la incipiente industria de la hospitalidad ligada al turismo chocan, sin embargo, con lo inhóspito, con el desgaste físico que Eyre debe aguantar para desplazarse 'más allá' (*over*) de la barrera montañosa. Su viaje implica atravesar un umbral simbólico para entrar en (*into*) España, no ya como visitante, sino como huésped (*hospes*) en la casa común de los españoles, un hogar metafórico donde sus expectativas de acogida toparán con una realidad que retrata como inhospitalaria.

² Ambos textos fueron publicados por John Murray. Entre los libros de viajes a España anteriores al de Eyre que no fueron publicados por Bentley, podemos destacar los siguientes: William George Clark, *Gazpacho: or, Summer Months in Spain* (1850); Elizabeth Murray, *Sixteen Years of an Artist's Life in Morocco, Spain, and the Canary Islands* (1859); A.C. Andros, *Pen and Pencil Sketches of a Holiday Scamper in Spain* (1860); Richard Roberts, *An Autumn Tour in Spain in the Year 1859* (1860).

³ En su primer libro, *A Lady's Walks in the South of France* (1865a), Eyre recorre los valles de los antiguos condados de Bearn y Bigorra. Entre algunos de los textos victorianos de temática pirenaica que lo preceden, cabe destacar *A Summer in the Pyrenees* (1837), de James Erskine Murray, *The Pyrenees with Excursions into Spain* (1843), de Lady Chatterton, *Letters from the Pyrenees* (1843), de Thomas Clifton Paris, y *Rides in the Pyrenees* (1847), de Selina Bunbury.

Para la mayoría de las viajeras victorianas que visitan España, el país no es inhospitalario, tal como lo describe Eyre, sino todo lo contrario. Alberto Egea, en el estudio introductorio de la antología *Viajeras anglosajonas en España*, destaca que lo que las fascinó fue «la sociabilidad y la hospitalidad de los pueblos de España» (2009, 43). En *Azahar* (1883), por ejemplo, Ellen C. Hope-Edwardes advierte «lo desprendidos y generosos que son los habitantes del país», mientras que en *Word-Sketches of the Sweet South* (1873) Mary Catherine Jackson subraya que la presencia de patios y espacios tanto privados como públicos «permite a sus habitantes socializar y relacionarse con el entorno» (Egea 2009, 42-3). Otras viajeras confirman esta visión. Lady Grosvenor, durante la travesía que realizó en yate por el Mediterráneo entre 1840 y 1841, observa que los habitantes de Palma, en las Baleares, son «obliging to foreigners, and particularly to the English, whom they treat with civility and hospitality» (1842, 1: 185). Asimismo, refiriéndose a Málaga, Lady Herbert comenta que «[n]owhere will the stranger find more genuine kindness, hospitality, or courtesy» (1866, 49), mientras que Frances M. Elliot glosa el buen trato que se le dispensa en una fonda de Madrid y añade que todo ello «gives scope to a certain feeling of hospitality» (1884, 12). Basta finalmente con examinar el índice de *Castile and Andalusia* (1853), de Louisa Tenison, para comprobar que la palabra *hospitality* aparece citada en varias ocasiones con el propósito de subrayar este lugar común del carácter español. No es este, sin embargo, el enfoque de Eyre, cuyo énfasis en la inhospitalidad se acerca más a la 'hostipitalidad' derrideana y surge como respuesta a la hostilidad que la escritora recibe de la sociedad anfitriona, a la que responde en su libro -a modo de venganza- con una cáustica representación del país impregnada de su bagaje ideológico anglosajón.

3 La autora y su obra

La información disponible sobre Eyre resulta exigua y además ha sido poco analizada desde el ámbito académico.⁴ Nacida en 1810 en Yorkshire, era una de las tres hijas del reverendo Anthony William Eyre y Sarah Mapleton, quienes también tuvieron tres varones. Transcurridos unos años -a causa de apuros económicos- fue confiada hasta la mayoría de edad a tres tías bajo las cuales recibió una educación muy rígida y una sólida formación intelectual, pero también un régimen espartano que acabaría afectando su salud (Eyre 1859a).⁵

⁴ Robinson 1994; Theakstone 2006; Anderson 2008; Gifra-Adroher 2013.

⁵ Eyre se refiere a este período en *A Family History* (1861), un *Bildungsroman* autobiográfico donde la protagonista, Elizabeth Neville, también deja a su familia para vivir con tres tías solteras.

Su padre, que murió arruinado en Bath en 1848, no dejó nada a su progenie, de modo que Eyre pronto tuvo que ganarse la vida por sí misma. Sin ayudas familiares y consciente de la precaria situación socioeconómica que podía padecer una mujer soltera, decidió buscar empleo como institutriz, consiguiendo algunos puestos temporales.

El abandono familiar, la falta de un hogar duradero y la sensación de vivir en un mundo inhóspito son elementos recurrentes en sus textos. La imposibilidad de trabajar establemente como institutriz la sumió en un período de penuria y falta de vivienda que transcurrió entre pensiones y alojamientos compartidos. En varias reminiscencias personales interpoladas en sus libros de viajes, busca la simpatía de sus lectores al describir tanto las deplorables condiciones de esos lugares como el deterioro que causaron en su salud. Viajó por Gran Bretaña, Francia y Alemania y, al igual que otras mujeres de su tiempo, durante las décadas de 1850 y 1860 comenzó a escribir en publicaciones periódicas para ganarse un sustento (1859b; 1859c; 1863). Con las novelas *The Queen's Pardon* (1860) y *A Family History* (1861) finalmente obtuvo ingresos para comprar una casa en Hampstead, pero por causas desconocidas tuvo que abandonarla, iniciando de nuevo una vida errabunda.

Entre 1862 y 1864, procurando sobrevivir sin gastos excesivos en el extranjero, viajó por los Pirineos franceses con la única compañía de su fiel Keeper, un terrier escocés. Sus experiencias, contadas en *A Lady's Walks in the South of France* (1865a), fueron bastante bien recibidas, lo que animó a su editor a enviarla a la Península Ibérica. Aquejada por varios problemas de salud, aceptó la oferta a regañadientes con la esperanza de poder recuperar el hogar perdido. El resultado fue *Over the Pyrenees into Spain* (1865b), donde se ofrecía como novedad editorial la descripción de Andorra y de algunas comarcas catalanas raramente visitadas. Ambos libros de viajes demuestran que dos prácticas culturales relevantes para la mujer victoriana, el viaje y la escritura, podían convertirse en una salida económica. Los asuntos que aborda Eyre -en muchos casos afines a intereses femeninos, aunque desde una posición no siempre sumisa con la feminidad institucionalizada- invitan a pensar que el público implícito de tales relatos fuesen mujeres. Su mirada se detiene a menudo en temas que por aquel entonces tenían una clara connotación de género, como la ropa (1865a, 8-9), la joyería (1865b, 205), la maternidad (1865b, 181) o la indefensión femenina en un mundo misógino y violento (1865a, 83; 1865b, 325-6). También fija su atención en madres con bebés o hijas todavía jóvenes, aprovechando la ocasión para disertar sobre los pilares del verdadero afecto familiar (1865b, 258). Ahora bien, su tono agrio y a veces alejado del optimismo de otros textos de viaje del momento, los convierte en lo que Carol Anderson ha calificado de «counter-narratives of travel» (2008), es decir, textos disidentes o discordantes que rompen con el discurso optimista

imperante en el período victoriano que prometía aventuras, libertad y conocimiento lejos de Inglaterra.

Durante la década siguiente Eyre escribió poco, aunque continuó viajando, en 1870 por el Lake District y las Highlands escocesas con su amiga Jane Woodward, y en 1872 a pie por los Alpes.⁶ También publicó algún artículo en *Victoria Magazine*, una revista centrada en cuestiones feministas y sociales (1874a; 1874b), pero poco más se sabe de ella, salvo que murió en Bournemouth en 1888. Se trata, en definitiva, de una escritora desconocida sobre la que todavía existen muchos interrogantes.⁷ Pese a haber estado sumida intermitentemente en la pobreza y viajar austeramente, Mary Eyre puede ser considerada -por nacimiento y educación- como una *lady*, ya que raramente se despoja de su conciencia de clase, pero también, a tenor de las opiniones expresadas en algunos de sus textos, puede ser percibida como una *intellectual woman* victoriana preocupada por temas sociales del momento. Todo ello, unido a una profunda identidad británica, que ella misma asociaba a la idea de civilización, así como al discurso colonial del momento, proporciona suficientes elementos para contextualizar su trayectoria vital y literaria.

4 Las vicisitudes del viaje

La urgencia del viaje y la rapidez con la que Eyre escribe y publica *Over the Pyrenees* ofrecen una idea de la angustia con la que debió acometer el encargo de su editor, ya que parte de Inglaterra a principios de junio de 1865, regresa a principios de agosto y firma el prefaceo del libro el 9 de noviembre del mismo año. Los primeros capítulos encajan dentro de la denominada literatura peripatética o de caminantes, puesto que Eyre, después de pasar rápidamente por varias ciudades francesas, se dirige a los Pirineos para realizar varios recorridos a pie por el departamento del Ariège. Su aspecto un tanto desaliñado llama la atención de la gente: además del perro que la acompaña, lleva un vestido negro de crinolina, paraguas, sombrero de paja de ala ancha y botas de montaña masculinas. También una bolsa con poca ropa, algunos libros y varios puros para utilizar como analgésico en caso de emergencia. Desde el punto de vista de los lugareños, en suma, no encaja precisamente con el arquetipo de lo que podría ser una *lady* extranjera de cierto rango.

⁶ Jane Woodward, otra mujer independiente y con inquietudes sociales como Eyre, describe el viaje que realizaron ambas en el libro *Our Summer Holiday* (1870).

⁷ En la novela *La república invisible* (2004), el escritor andorrano Joan Peruga parte precisamente de este vacío biográfico para fusionar la figura de Eyre con la de otra conocida montañera victoriana (Anne Lister) y así crear una historia que gira alrededor de un rarísimo libro de viajes a Andorra de una tal Marian Eyre, inspirado en *Over the Pyrenees into Spain*.

Los problemas de salud son recurrentes en el libro. Una afección pulmonar retiene a Eyre en Ax-les-Termes durante diez días, pero al final parte hacia Andorra acompañada por un guía local, deteniéndose con frecuencia para recoger muestras de flora pirenaica y mostrar sus conocimientos botánicos. No obstante, cerca de la aldea de Encamp, lo que debería ser una experiencia simbólica -el ritual de entrada a otra cultura- se convierte en uno de los episodios más violentos del texto, ya que es apedreada por dos jóvenes que se dan a la fuga. Es el presagio del abuso físico y verbal que padecerá más tarde en varias ciudades españolas. En la capital, Andorra la Vella, recibe ayuda, pero poco después, en Les Escaldes, es nuevamente perseguida y acosada por una multitud de niños que la increpan junto a sus padres (1865b, 113).

Eyre continua su viaje hasta La Seu d'Urgell y allí contacta con un arriero que durante dos días la transporta peligrosamente en mula. Atraviesan pueblos catalanes raramente visitados por los viajeros victorianos para llegar finalmente a Calaf, desde donde viaja en tren a Barcelona. Su estancia en la capital catalana le permite disfrutar del bullicioso comercio local y renovar sus deterioradas botas de caminante; con todo, no puede respirar tranquila puesto que algunos lugareños la acosan e insultan nuevamente a causa de su aspecto poco femenino. Por todo ello, tilda a los catalanes de raza vil y carente de la caballerosidad «which makes a brave man always tender and respectful to a woman, simply as a woman; regardless of liking or age» (1865b, 219). Otras poblaciones catalanas que visita brevemente son Cardona y Manresa, en cuya estación de ferrocarril pierde el manuscrito del libro que está escribiendo, por fortuna recuperado unos días más tarde. Ya en Madrid, logra descansar y distraerse con múltiples actividades entre las que destacan su asistencia a un festival de fuegos artificiales concurrido por gente adinerada y su visita el Museo del Prado, pero por principios decide no pisar la plaza de toros.

Eyre abandona Madrid para desplazarse a Granada, donde encuentra que la ciudad idealizada en los cuentos de Washington Irving resulta vulgar y sus gentes en ocasiones irrespetuosas, pero una vez dentro de la Alhambra se rinde a sus bellezas. También disfruta del Generalife y de las impresionantes vistas de Sierra Nevada, lamentando no ser un hombre para poder cabalgar por ella «on mules without being tortured by ill-tempered and cruel muleteers» (320). Los insultos que recibe por la calle en varias ocasiones minan su paciencia de tal modo que, una vez finalizada la visita a Granada, su mayor obsesión reside en abandonar el país cuanto antes, convencida de que «the Spaniards are inhospitable by nature, and hate strangers» (1865b, 303).

Desde Granada prosigue en diligencia hasta Venta de Cárdenas, siendo golpeada durante el trayecto por uno de los pasajeros, y desde allí en tren hacia Alicante, donde embarca en un vapor con destino a Barcelona. Pasa cuatro días a bordo en compañía de un amigable capitán y su joven esposa, quienes hablan un poco de inglés. Durante el

trayecto, no desembarca en Valencia ni en Tarragona bajo la excusa de estar al borde del agotamiento puesto que «the yells and hootings, and even peltings, I had met with in Spanish cities, had rendered me afraid to walk about among so savage and uncivilized a people» (1865b, 347). Nuevamente en Barcelona, se dirige en tren hasta Girona y desde allí en diligencia hasta la frontera francesa. Todas las tensiones del viaje se desvanecen en París, donde concluye el relato afirmando que España no es un país seguro para aventureras solitarias como ella.

5 La recepción crítica del libro

El trato inhospitalario que Eyre denuncia por el mero hecho de ser una viajera solitaria y extranjera encuentra también un paralelismo en la que podríamos tildar de inhospitalaria recepción del libro por parte de la crítica. Tal como apunta Shirley Foster, el estereotipo de la viajera «excéntrica», en contraposición a la imagen del viajero «serio», se convirtió en un lugar común en los comentarios abiertamente paternalistas y condescendientes de muchos periódicos y revistas victorianos (1990, 7-8). Los críticos siguieron esta pauta con Eyre y la juzgaron sin reparos a pesar de estar avalada por literatos relevantes como Edmund Yates o George Augustus Sala. La *Pall Mall Gazette* habla de *Over the Pyrenees into Spain* como un libro de lamentaciones, culpa a su autora de haber viajado a lugares que ninguna mujer debería pisar jamás, mucho menos desprotegida, y le recomienda no publicar más libros de viajes. El *Athenaeum*, por su parte, tras aludir irónicamente a la mala salud y al carácter singular de Eyre, declara que está lleno de incidentes horribles y que todo lo que ella dice saber no procede sino de Richard Ford. Según la misma revista, que admite que España es «a hard land», Eyre se ensañó con los españoles porque «they did not understand herself, her movements, and the troublesome requisites of Keeper» (804). Menos cáustico, el *Saturday Review* también lamenta que algunos de los temas recurrentes del libro, como la pobreza de la autora o las fatigas que pasó en posadas miserables, no basten «to furnish the whole material of a book of travels» (332), llegando a la conclusión de que su tono resentido lo condena a ser una voz residual. Curiosamente, un año después Lady Herbert también subraya dicho resentimiento cuando censura en *Impressions from Spain in 1866* a los viajeros que -al igual que Eyre- son incapaces de acomodarse a la realidad del otro.⁸

⁸ Según Lady Herbert, «those who, like the author of 'Over the Pyrenees into Spain,' find fault on every occasion with the manners of the people, must either have been ignorant of their language and customs, or, having no sympathy with their faith, have wounded their susceptibilities, and to a certain degree justified the rudeness of which they pretend to have been the victims» (216).

La acritud de estos y otros juicios viene suavizada -felizmente para Eyre- por la crítica positiva de la *London Review*, donde se lamenta que los recensores a veces pierdan de vista su humanidad para acosar «a a wandering lady as if she were a Corsair» (177). El crítico afirma que en el libro los lectores encontrarán «a great deal of amusement, with many charming pictures of scenery» y pasa acto seguido a elogiar la valentía de la autora, que «exposed herself to more risks, annoyances, and insults than any other contemporary traveller» (177). El estilo ocasionalmente resulta un tanto grosero, añade, pero a pesar de ello evidencia «vigour, causticity, and originality» (178). Por todo ello, concluye, la autora muestra una fuerte tendencia a ir contra corriente, con juicios propios que difieren de los publicados por «more experienced travellers» (178). Todo un elogio para una mujer capaz de alzar la voz contra tópicos como el de la presunta hospitalidad española repetida en tantos libros de viajes, según hemos visto anteriormente.

6 La representación de la inhospitalidad española

La representación de una España inhospitalaria por parte de Eyre, como ya hemos indicado, no puede entenderse sin tener en cuenta los discursos presentes en muchos libros de viajes victorianos. Una característica en el caso de los relatos escritos por mujeres radica precisamente en el hecho de situarse en un «balancing act between changing conventions and expectations» (Wagner 2015, 186). Eyre mantiene dicho equilibrio puesto que juzga la inhospitalidad oscilando entre un discurso colonial masculino y convencional, vinculado a la retórica del riesgo, el valor y la aventura, y otro discurso de género más cercano a los conceptos de la pasividad y vulnerabilidad que se esperaban de la escritura femenina. En algunas ocasiones se retrata a sí misma como una veterana caminante con una voz privilegiada semejante a la del colonizador que afronta escenarios hostiles afirmando su identidad británica y refiriéndose a los nativos como medio salvajes. En otras, como una mujer observadora que, además de glosar distintos aspectos de la vida doméstica española e interactuar dentro de lo posible -no hablaba español- con la gente del país, aprovecha el discurso de género para denunciar la situación vulnerable de una dama solitaria entre gente que tilda de 'salvaje'. Ya en el prefacio (1865b, 8) convierte el rechazo de una viajera forastera como ella, es decir, del *arrivante* derrideano, en uno de los temas centrales del libro, al resaltar la hipocresía de los españoles, quienes, siendo tan católicos -recuerda- se olvidan de implementar las palabras misericordiosas de Jesús («Era forastero y me acogisteis») recogidas en el Evangelio de san Mateo.

El discurso colonial implícito en *Over the Pyrenees into Spain* puede detectarse principalmente a través de escenas donde abundan

personajes estereotipados y muchedumbres turbulentas y amenazadoras como las que a menudo pueblan los relatos de viajes imperiales (Frawley 2005, 32). Se trata de constructos culturales más o menos reconocibles para los lectores de Eyre, sin duda derivados de un imaginario que situaba sujetos y episodios potencialmente amenazadores en escenarios coloniales alejados de Europa. Es lo que Andrew Hammond ha descrito como «the Victorian's ethnocentric relationship to the wider world» (2006, 87). El Sur de Europa, la Península Ibérica, el Mediterráneo y los Balcanes, sin ser dominios imperiales, también podían ofrecer al lector victoriano, a partes iguales, dosis de sensualidad y peligro en medio de escenarios exóticos y gentes pintorescas. Así pues, narrando sus andanzas por una España potencialmente peligrosa e inhospitalaria como algo distinto de los viajes más tranquilos de otras viajeras contemporáneas, Eyre aprovecha para presentarse como una aventurera en un entorno foráneo masculinizado y turbador. En este sentido, los detalles que proporciona de su entrada en España por la Seu d'Urgell resultan paradigmáticos de la construcción del otro como un 'nativo' salvaje y bullicioso, ya que, según explica, fue recibida por

a tribe of half-naked, barefooted, or hempen-sandalled little vagabonds, whose swarthy, bare little breasts and legs reminded one of English gypsies, to the number of at least thirty, collected together, hooting and shouting at my English hat, I suppose [...] were joined by women and girls, and the whole pack followed me, shouting and screaming, till we reached the very portal leading to [the] hotel. (1865b, 144)

Lo que para 'el otro' -en tanto que grupo anfitrión- es quizás motivo de curiosidad y alboroto, en el texto viene construido como un acto de hostigamiento y mala educación hacia la persona recién llegada. Eyre emplea una imagen presente en los libros de viajes del siglo XIX, la del español mísero y descuidado que a veces atosiga al viajero, uniendo así pobreza con inhospitalidad.⁹ Explica asimismo que al día siguiente fue perseguida por las calles de la misma villa por «a tribe of howling, shouting girls, women, and children, and one or

⁹ Por ejemplo, Louisa Tenison no oculta en *Castile and Andalusia* la impresión que le causa la miserable condición de los mendigos que la esperan junto al palacio episcopal de León: «Such bundles of rags, such a mass of dirt and poverty! They were the very picture of distress» (1853, 409). Del mismo modo, Octavia Walton LeVert muestra en *Souvenirs of Travel* la incomodidad que le provoca un grupo de indigentes que los aborda al salir del monasterio de El Escorial: «A crowd of beggars was watching for us, and we were quickly assailed by plaintive entreaties for charity. Miserable beings! How wasted and worn they look! It needed no words to tell the sad story of their starvation; it was written in their staring eyes and trembling limbs» (1857, 2: 38).

two of the lowest class of men» (1865b, 151), incidiendo en la idea de incomodidad. Las connotaciones de clasismo (*lowest class*) y primitivismo (*tribe, howling*) que evoca el léxico aquí utilizado aparecen en otros momentos del viaje -Barcelona, Madrid, Granada- donde su mirada contempla multitudes que retrata con elementos salvajes que apuntan al trasfondo colonial de la literatura de viajes victoriana.¹⁰

Un incidente que describe con detalle ocurre en Barcelona, donde a causa de su aspecto es abordada en plena calle por un grupo de transeúntes cuya actitud acosadora la obliga a refugiarse en un comercio próximo. Niños, hombres y mujeres la rodean, gesticulando, gritando y discutiendo sobre su atuendo o sobre si es inglesa o francesa. Eyre, incapaz de dispersar a la muchedumbre de maleducados, debe resignarse, pero su desespero crece cuando más adelante un policía rehusa intervenir inicialmente en el conflicto. A la vista de una inhospitalidad tan patente, incluso por parte de la autoridad local, Eyre declara que los españoles no pueden pertenecer a una «civilised nation» hasta que una «well-conducted, modest, quietly-dressed woman in black» pueda deambular por sus calles y avenidas «without being mobbed» (1865b, 206). El hostigamiento que padece no termina aquí, puesto que un poco más tarde, en una panadería donde toma un refrigerio, un nuevo grupo la hostiga, «screaming, hooting, and making the rudest observations» (1865b, 208). Especialmente reveladores resultan los términos positivos (*well-conducted, modest, quietly-dressed*) que utiliza en este episodio para definirse a sí misma. Gracias a ellos puede justificar que es ella -la forastera- y no el otro -la sociedad anfitriona- quien se ha ceñido verdaderamente a las leyes de la 'hospitalidad condicional' kantiana, es decir, a los códigos de decoro que se esperan de una viajera en otro país. Unos días más tarde, en Granada, comenta que, pese a ir acompañada por un guía local, tiene que soportar nuevos incordios, en este caso «the hootings and yellings of the stall-keepers, in the streets», así como el agravio de niños que la insultan por su condición de ser mujer y extranjera. A la vista de tales incidentes, afirma que los españoles son «a half-civilised, semi-barbarous race» (1865b, 310) y al poco tiempo decide abandonar la que califica como «inhospitable city» (1865b, 324), rompiendo con la imagen bucólica de Granada que habían proyectado Washington Irving y otros viajeros.

Otro recurso retórico empleado con frecuencia para reforzar el discurso colonial es el uso de comparaciones que contraponen los valores superiores de la cultura de la viajera (civilización, higiene,

¹⁰ Eyre utiliza un amplio léxico (*scream, howl, hoot, bellow, mob, pack, etc.*) para sugerir la idea de país incivilizado donde la gente acorrala y molesta a los viajeros. En cuanto al término *tribe*, tal como observa David Sneath (2023), adquirió gran difusión durante el período de expansión colonial occidental para referirse a sociedades consideradas primitivas y poco organizadas, de modo que el empleo que Eyre hace de él no es fortuito.

modestia) a los vicios o defectos de la cultura anfitriona (brutalidad, incivismo, suciedad, pobreza). En estos episodios Eyre hace apología de su patriotismo, de su *Britishness*, tal como ocurre en la descripción de la llegada de la flota británica a Barcelona. Las gentes del lugar visitan los navíos con una mezcla de admiración y envidia, dice Eyre con orgullo, pero tanto más destacables son las muestras de cortesía de sus compatriotas hacia los visitantes, motivo por el cual opina que los barceloneses «might learn from the English a lesson of hospitality to strangers, instead of mobbing them in the streets» (1865b, 215). Unos días después, mientras espera el tren en la ciudad de Manresa, Eyre ofrece un nuevo elogio de la hospitalidad británica. Tras entablar conversación con un ferroviario inglés que la invita a tomar un refresco, afirma lacónicamente que allí encontró «the only hospitality shown me by any one in Spain» (1865b, 245). Según la escritora, los españoles están en deuda con los ingleses y si no fuera por estos España se hubiera convertido en una provincia más de la Francia napoleónica. Añade, asimismo, que gracias al capital y mano de obra británicos el ferrocarril poco a poco va conquistando un país donde imperan la pereza y la indolencia. La 'hospitalidad' de los españoles hacia los ingleses, por lo tanto, va más allá de cuestiones de clase o género; también emana, según ella, de una envidia crónica difícil de erradicar.

El ideario imperial de Eyre, tan afín a la misión civilizadora británica y tan crítico con la inhospitalidad española, no es casual. Como sujeto victoriano es normal que Eyre, por educación y convicción, tuviera una visión imperialista y colonial. No obstante, su vehemencia puede también ser leída en clave biográfica a través de posibles vínculos con su hermano Edward John Eyre, conocido por sus exploraciones en Australia, así como por sus otras actividades coloniales (vicegobernador de Nueva Zelanda y gobernador de varias posesiones caribeñas).¹¹ En 1865 (año de publicación del libro de su hermana), siendo gobernador de Jamaica, Eyre reprimió brutalmente la fatídica rebelión de Morant Bay, organizada por antiguos esclavos. El asunto causó un gran revuelo en la sociedad británica. Escritores como Charles Darwin, John Stuart Mill o Thomas Henry Huxley responsabilizaron a Eyre de la masacre, mientras que otros como Charles Dickens, Thomas Carlyle y John Ruskin apoyaron las medidas adoptadas. En una breve pero contundente carta publicada

¹¹ Los pocos datos disponibles sobre Mary Eyre nos obligan a ser cautos y simplemente a especular sobre dichos 'posibles vínculos' con su hermano, ya que no se conoce correspondencia alguna entre ellos. No es descartable la hipótesis, por ejemplo, de que fuera él, gran conocedor de Australia, quien facilitase a su hermana la información necesaria para escribir *The Queen's Pardon*, una novela sobre un pañero que, acusado falsamente de robo, es condenado y deportado a las antípodas, pero sobrevive y es perdonado gracias a la confesión en el lecho de muerte del verdadero ladrón.

en varios periódicos que le acarreó algunas amenazas, Mary Eyre defendió públicamente la honorabilidad de su hermano, recordando entre otras cosas la fidelidad de la familia Eyre a la corona (1865c; 1865d). Aunque muy crítica en ocasiones con el *statu quo* victoriano en temas sociales o de género, dicha carta dejaba fuera de toda duda su apoyo a la política colonial.¹²

El otro discurso que ayuda a acentuar lo que Eyre describe en el libro como inhospitalidad española gira en torno a la cuestión del género y aflora en varios episodios. Por un lado, aquellos donde lamenta su exposición pública y vulnerabilidad en tanto que viajera solitaria. Por otro, aquellos donde focaliza su mirada en temas domésticos y en las condiciones materiales de acogida de la sociedad anfitriona, ya sea desde la escasa higiene de algunas fondas hasta la incomodidad de los hogares o el malestar que causado por la comida. Todo ello, por intrascendente que pueda parecer en algunos momentos, formaría parte de lo que Elaine Freedgood ha definido como «the textual construction of a safe England in a dangerous world» (2000, 1). Según Freedgood, dentro del imaginario victoriano se trataba de desplazar más allá de Inglaterra, hacia espacios geográficos concretos, el concepto de riesgo, peligro e incomodidad, con el fin de construir y mantener una profunda sensación de confort y seguridad en la metrópolis. Muchos géneros textuales, entre los que destaca la literatura de viajes, contribuyeron a generar y sustentar esta impresión. El viaje de Eyre, mediante los episodios de violencia y acoso ya comentados, apunta hacia España como uno de esos destinos de riesgo para las viajeras victorianas.

Según Sara Mills, en la literatura de viajes victoriana escrita por mujeres hay temas delicados que las viajeras deben evitar (1991, 82), siendo uno de ellos el temor de una agresión sexual. Si bien Eyre nunca verbaliza dicho temor explícitamente, en ocasiones muestra su incomodidad e inseguridad ante una posible amenaza o agresión masculina. En Andorra, poco después de haber sido apedreada por dos muchachos, Eyre llega a una fonda donde su presencia atrae las miradas de un grupo de «bronzed-visaged, swarthy, dark-eyed men», una situación que le genera cierta incomodidad y alarma, por lo que añade que «it was anything but a pleasant place for an unprotected female, with a broken head, to repose herself in» (1865b, 100-1). En otra ocasión, al pasar cerca de La Carolina y escuchar que por la zona merodean bandoleros, expresa un profundo temor, añadiendo además que su editor, Richard Bentley, le había comentado que algún que otro encuentro con forajidos «would 'tell so well in my book'»

¹² Por parte materna, Eyre también tenía vínculos con el proyecto imperial británico. Su tío, el capitán David Mapleton, sirvió en la Royal Navy, y otros parientes participaron en expediciones árticas (Hume 1867, 7).

(1865b, 283). Nada sucede, por fortuna, y todo queda en una coincidencia, en un hecho meramente casual, pero colocar el negocio editorial por encima de la integridad física de la escritora no deja de ser otro ejemplo de intimidación o, por decirlo de otro modo, de inhospitalidad editorial a la que Eyre está sujeta durante la preparación del libro, aunque sea a nivel simbólico y verbal.

Igual de inhospitalarias resultan las palabras que le dirige en Granada un grupo de caballeros españoles alojados en el mismo hotel que ella, quienes ponen en duda sus críticas hacia España y las achacan -con un sesgo misógino y patriarcal- a su omisión de ciertos códigos femeninos. Para ellos, la violencia, los insultos y las vejaciones padecidos por Eyre son justificables porque ha incumplido las condiciones que, según el modelo kantiano de hospitalidad condicional, debe respetar el huésped en el país anfitrión. Eyre, por su parte, defiende su cumplimiento del pacto implícito entre huésped y cultura anfitriona. Su viaje a España no ha sido por placer, sino por deber, replica, y acto seguido afirma que en todo momento ha mantenido un perfil bajo, comportándose «with modesty and propriety» y mostrándose «plainly and quietly dressed» (1865b, 313). Nunca, viajando en solitario por Francia y Alemania, había recibido insulto alguno, pero España es diferente, dice la autora. El veredicto de los caballeros, ajeno a sus réplicas, no se mueve del concepto de 'hospitalidad condicional', puesto que le reprochan que no se haya comportado como los españoles y, más específicamente, como las mujeres españolas: «[N]o woman should travel alone in Spain. It is not our custom that they should» (1865b, 315). Por todo ello la responsabilizan solo a ella del maltrato recibido. Uno de los huéspedes, un inglés afincado en España, incluso va más lejos y le sugiere que aprenda el idioma, permanezca más tiempo en el país y siga sus costumbres. Es decir, le confirman que será bienvenida y gozará de la merecida hospitalidad si se convierte -como él- en uno de 'nosotros' y disuelve su identidad en la del otro, en una clara muestra de 'hostipitalidad' cultural.

Eyre también evidencia el discurso de género en otros episodios relativos a cuestiones domésticas o afectivas. Son frecuentes, por ejemplo, los pasajes donde habla de suciedad y parásitos, mostrando una profunda animadversión hacia lo que percibe como una pobre hospitalidad del otro. En la fonda de Calaf afirma estar «sickened by the dirt of everything» (1865b, 198), mientras que en la estación de tren de Jaén sentencia que «Spanish cooking, and Spanish meat is detestable» (1865b, 291). En Madrid critica a su vez la abundancia de chinches en las camas de los hoteles para que futuras viajeras no se formen una «false idea» del estado de las cosas (1865b, 267). Parece querer presentar dichos episodios como ejemplos de retraso e incultura, como síntomas de una civilización doméstica deficiente, carente de la organización y el espíritu *prim and proper* que en los hogares ingleses podía proporcionar la figura del ángel del hogar.

No obstante, no siempre todo es tan negativo: su mirada femenina también encuentra momentos para abordar temas familiares con más empatía hacia el otro. Durante el itinerario que realiza en mula por el interior de Cataluña, durante el cual sufre terribles dolores, una mujer la ayuda pidiendo al guía que le preste una faja para protegerle la espalda (1865b, 172). En Barcelona, una dependienta de una panadería le permite refugiarse de una multitud que la hostigaba por las calles (1865b, 207). Son momentos de complicidad, sororidad y agradecimiento que aportan una visión menos negativa del viaje, pero cabe señalar aquí que en la mayoría de estos casos son mujeres, no hombres, quienes muestran hospitalidad hacia la forastera. A estos cabría añadir otros pasajes que reflejan el placer de la mirada femenina, desde la contemplación de unas mujeres que cosen en la calle (1865b, 222), hasta la comunicación no verbal que -dejando momentáneamente de lado su clasismo- entabla con las gentes humildes que viajan con ella en tren en tercera clase (1865b, 256-8, 334-5). Se trata de pasajes que otorgan un respiro a la amargura general que impera en el libro, dando a entender que, pese a la 'inhospitalidad' intrínseca del país, a veces puede experimentar -gracias a la empatía de algunas buenas personas, sobre todo mujeres- una hospitalidad no sujeta a condiciones. El discurso afectivo de género vinculado a la benevolencia victoriana, por lo tanto, también acaba por infiltrarse en el repertorio ideológico de la autora, aunque solo por breves momentos, ya que el desafío que Eyre quiere lanzar a sus lectores (y ante todo lectoras) parece claro: España, al menos para una mujer sola, no es el país hospitalario que prometen otros libros viajes.

7 Conclusiones

Mary Eyre forma parte del grupo de mujeres victorianas que se aventuraron a viajar solas fuera de su país, con los riesgos que ello comportaba. Su marcha a España surge más de la necesidad que del placer. Con pocos medios, viaja en solitario, acompañada de su perro, escribiendo cuando y donde puede sobre sus aventuras en el país. En este sentido, Eyre encarnaría una de las tipologías de viajeros que Laurence Sterne ya menciona, un siglo antes, en *A Sentimental Journey through France and Italy* (1768), a saber, la de los 'Travellers of Necessity'. Viaja para escribir y escribe para sobrevivir. Pero tampoco sería del todo desatinado, visto que finalmente publica una agria jeremiada sobre la inhospitalidad de España, referirse a ella -según la misma taxonomía de Sterne- como una 'Splenic Traveller'. Es decir, como una viajera de temperamento cambiante y malhumorado, poco abierta a la cultura anfitriona. Sin embargo, Eyre ya no pertenece al universo masculino del Grand Tour que tan agudamente parodia Sterne, sino que forma parte de la nueva generación de mujeres

victorianas que, por una razón u otra, habían dejado atrás sus hogares en busca de nuevos horizontes. El peaje físico, psicológico y económico que debe pagar por su viaje y la escritura que conlleva no es baladí. Todo ello, en un modo u otro, acaba influyendo forzosamente en un relato fruto de la premura y de la obligación donde los sucesos desagradables y peligrosos para la autora acaban adquiriendo especial relevancia. Un relato, en suma, que acaba proyectando una imagen de España como país inhospitalario para una mujer que viaja sola.

La representación negativa de España como país inhospitalario se articula a través de dos tipos de discurso, el colonial y el de género. Por un lado, durante su itinerario Eyre analiza la realidad del país anfitrión bajo una mirada colonial, ensalzando su identidad británica, menospreciando muchas de las situaciones que encuentra, que achaca a la ignorancia y a la falta de civilización. Por otro lado, suaviza sus críticas gracias a un discurso femenino que enfatiza lo personal y lo doméstico en el ámbito del 'otro'. Eyre en realidad no es consciente de que también puede ser un 'otro' en una patria ajena. El hecho de viajar sola, sin protección masculina, cuando pocas mujeres de su clase lo hacían, y sin ajustarse a códigos de indumentaria socialmente aceptados en la época, la singulariza y expone a situaciones de riesgo que tienen consecuencias negativas para ella. Por este motivo utilizará la escritura no sólo como venganza sino también como denuncia contra la injusta inhospitalidad que ha experimentado por parte de una sociedad misógina, xenófoba y machista.

El discurso de la inhospitalidad que planea sobre la imagen de España fijada por Eyre también puede deberse a factores de eficacia editorial y personales. Según Albert Meier, el valor empírico de un libro de viajes resulta difícil de certificar dado que, más allá de comparaciones con la realidad, deben contemplarse otros factores como la «autonomía poética» del texto, la «relatividad histórica» de los hechos narrados o la «subjetividad» del viajero, razón por la cual «travel writing often reveals much more about the traveller than about the depicted areas» (447). Esta mayor focalización en la voz autorial que en los espacios geográficos y culturales transitados por la viajera resulta indiscutible en *Over the Pyrenees into Spain*, un libro que no presta demasiada atención ni a monumentos, ni a personajes, ni a efemérides históricas. Parece que Eyre haya renunciado tácitamente a desplegar la información objetiva e histórico-cultural que muchos lectores victorianos a menudo buscaban en los libros de viajes, para centrarse, en cambio, en sí misma como personificación de la aventurera que regresa incólume de una visita a un país que retrata como incivilizado y misógino. Por esta razón, *Over the Pyrenees into Spain* ofrece estimulantes dosis de información biográfica sobre una autora olvidada que el presente trabajo ha querido recuperar y reivindicar. Al fin y al cabo, tal vez era eso lo que la escritora y su editor buscaban: proporcionar a los lectores un poco de sensacionalismo y al mismo tiempo ilustrar con detalles, mediante el viaje

a España, el *modus vivendi* y el *modus operandi* de tantas mujeres solas e instruidas que, en un universo victoriano claramente adverso, no tenían más remedio que viajar, trabajar, y residir lejos de Inglaterra.

Aunque el relato general de Eyre es amargo, *Over the Pyrenees into Spain* finaliza con unas frases que, paradójicamente, parecen atenuar el tono quejumbroso y negativo del libro. En ellas la autora confiesa que nunca podrá olvidar «the romantic wild grandeur of the Spanish Sierras» (1865b, 361) e invita sobre todo a los artistas a viajar a la Península para que descubran y experimenten un sinfín de sensaciones cromáticas y pictóricas. Renueva, asimismo, sus deseos de cabalgar por sus majestuosas montañas, dando voz a las ansias de libertad de la aventurera victoriana, pero siempre y cuando dichas aventuras se desarrollen en espacios abiertos, lejos de las ciudades, y bajo la protección de un padre o un marido. Incurriendo en un contrasentido, Eyre acaba elogiendo la idea del viaje romántico a España, pero aceptando que el precio a pagar por la seguridad es la subordinación al orden patriarcal si no se desea sufrir diversas situaciones de maltrato por parte de la sociedad anfitriona. Más que disuadir a potenciales viajeras de que no realicen un viaje similar, la visión final que proporciona la autora destila pasión y a su vez realismo, sin dejar de advertir y romper expectativas sobre la idealización de España que circulaba en la Inglaterra victoriana.

Bibliografía

- Anderson, C. (2008). *On the Contrary: Counter-Narratives of British Women Travellers, 1832-1885* [PhD Dissertation]. Perth: University of Western Australia.
- Calvo Serraller, F. (1994). *La imagen romántica de España*. Madrid: Alianza.
- Carrera, E. (2006). «Escritura femenina y literatura de viajes. Viajeras inglesas en la España del XIX, lugares comunes y visiones particulares». Lucena Giraldo, M.; Pimentel, J. (eds), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid: CSIC, 109-30.
- Cavallar, G. (2002). *The Rights of Strangers*. Aldershot: Ashgate.
- Derrida, J. (1997). *Adieu to Emmanuel Levinas*. Stanford: Stanford University Press.
- Derrida, J. (2000). «Hostipitality». *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 5(3), 3-18.
- Egea Fernández-Montesinos, A. (coord.) (2009). *Viajeras anglosajonas en España. Una antología*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Elliot, F.M. (1884). *Diary of an Idle Woman in Spain*. London: F.V. White & Co.
- Eyre, M. (1859a). «Old Maids». *Sharpe's London Magazine of Entertainment and Instruction*, 29, January, 38-42.
- Eyre, M. (1859b). «A Visit to Nottingham». *Sharpe's London Magazine of Entertainment and Instruction*, 30, July, 101-6.
- Eyre, M. (1859c). «The Old Blind Grandmother, and the Violets». *Sharpe's London Magazine of Entertainment and Instruction*, 29, January, 244.
- Eyre, M. (1860). *The Queen's Pardon*. London: Blackwood.
- Eyre, M. (1861). *A Family History*. London: Hurst & Blackett.
- Eyre, M. (1863). «Saumur». *Once a Week*, 9(223), 3 October, 414-20.
- Eyre, M. (1865a). *A Lady's Walks in the South of France*. London: Bentley.

- Eyre, M. (1865b). *Over the Pyrenees into Spain*. London: Bentley.
- Eyre, M. (1865c). «Letter from Governor Eyre's Sister». *Manchester Times*, 9 December, 2.
- Eyre, M. (1865d). «To the Editor of The Times». *The Times*, 8 December, 5.
- Eyre, M. (1874a). «Stillingfleet». *Victoria Magazine*, 23, September, 423-33.
- Eyre, M. (1874b). «Cry of the Poor». *Victoria Magazine*, 23, May-October, 524-9.
- Foster, S. (1990). *Across New Worlds: Nineteenth Century Women Travellers and their Writings*. New York: Harvester Wheatsheaf.
- Frawley, M. (2005). «Borders and Boundaries, Perspectives and Place: Victorian Women's Travel Writing». Pomeroy, J. (ed.), *Intrepid Women: Victorian Artists Travel*. Aldershot: Ashgate, 27-37.
- Freedgood, E. (2000). *Victorian Writing about Risk: Imagining a Safe England in a Dangerous World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gifra-Adroher, P. (2013). «Images of Foreigners in Mary Eyre's Travel Books». Cots, M.; Hambrook, G.; Gifra-Adroher, P. (eds), *Interrogating Gazes. Comparative Critical Views on the Representation of Foreignness and Otherness*. Bern: Peter Lang, 121-8.
- Grosvenor, E.M. (1842). *Narrative of a Yacht Voyage in the Mediterranean, during 1840-41. 2 vols.* London: John Murray.
- Hamalian, L. (ed.) (1981). *Ladies on the Loose: Women Travellers of the 18th and 19th Centuries*. New York: Dodd, Mead.
- Hammond, A. (2006). «Imagined Colonialism: Victorian Travellers in South-East Europe». *Nineteenth-Century Contexts*, 28(2), 87-104.
- Herbert, M.E. (1866). *Impressions of Spain in 1866*. London: Bentley.
- James, K. (2019). «Hospitality». Pettinger, A.; Youngs, T. (eds), *The Routledge Research Companion to Travel Writing*. London; New York: Routledge, 265-79.
- Hume, H. (1867). *The Life of Edward John Eyre*. London: Bentley.
- LeVert, O.W. (1857). *Souvenirs of Travel. 2 vols.* Mobile; New York: S.H. Goetzel.
- Llevadot, L. (2019). «Hostipitalidad». Minguet i Batllori, J.M. (coord.), *Temps de plom i plata. Derives obligades*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona; Institut de Cultura; Sant Cugat: Centre d'Art Maristany; Buenos Aires: MUNTREF, 24-31.
- Meier, A. (2007). «Travel Writing». Beller, M.; Leerssen, J. (eds), *Imagology*. Amsterdam: Rodopi, 446-9.
- Mills, S. (1991). *Discourses of Difference: An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. London; New York: Routledge.
- O'Gorman, K. (2010). *The Origins of Hospitality and Tourism*. Oxford: Goodfellow.
- «Over the Pyrenees into Spain». (1865). *The Athenaeum*, 9 December, 804.
- «Over the Pyrenees into Spain». (1866). *The Pall Mall Gazette*, 301, 25 January, 280.
- «Over the Pyrenees». (1866). *Saturday Review of Politics, Literature, Science and Art*, 21(542), 17 March, 332.
- Robinson, J. (1994). *Unsuitable for Ladies. An Anthology of Women Travellers*. Oxford; New York: Oxford University Press.
- Sneath, D. [2016] (2023). s.v. «Tribe». Stein, F. (ed.), *The Open Encyclopedia of Anthropology*. <http://doi.org/10.29116/16tribe>
- «Spain and Italy» (1866). *London Review of Politics, Society, Literature, Art, and Science*, 12(293), 10 February, 177-8.
- Tenison, L. (1853). *Castile and Andalusia*. London: Bentley.
- Theakstone, J. (2006). *Victorian and Edwardian Women Travellers: A Bibliography of Books Published in English*. Mansfield Center, CT: Martino Publishing.
- Wagner, T.S. (2015). «Travel Writing». Peterson, L. (ed.), *The Cambridge Companion to Victorian Women's Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 175-88.
- Walton, J. (2017). «The Hospitality Trades: A Social History». Lashley, C. (ed.), *The Routledge Handbook of Hospitality Studies*. New York: Routledge, 69-81.
- Wortley, E.C.S. (1856). *The Sweet South. 2 vols.* London: Barclay.